

JOSÉ ABREU CARDET, *Las fronteras de la guerra. Mujeres, soldados y regionalismo en el 68*, Santiago de Cuba, Editorial Oriente, 2007, 192 p. (Colección Historia, Bronce).

Cuando pensamos en libros que hablan de la guerra, en general imaginamos descripciones de batallas. Muchos de esos libros son en realidad cantos épicos a determinada gesta en la que se destacan héroes que poco tienen de humanos. Y si no es esto, se trata de libros que enfatizan el preciosismo de la estrategia militar o la pertinencia del análisis geopolítico. En la contraparte, este libro del historiador cubano José Abreu Cardet nos llama la atención por su manera de abordar el tema de la guerra de los diez años, que se inscribe en lo que podríamos llamar la historia de las mentalidades, entremezclado con planteamientos muy desarrollados en aquella abundante bibliografía de hace unas décadas, que subrayaban la importancia de las redes y lazos familiares.

El autor se muestra más interesado en rescatar una serie de mecanismos que dieron contenido a “ese mundo espiritual y material que consolidó la resistencia por diez años” y que apuntan a conocer las mentalidades colectivas. Le interesa, pues, la otra cara de la guerra, la que tiene que ver con la dimensión humana, con la vida diaria, con sus logros, iniquidades, solidaridad, con sus dinámicas.

Se trata de un texto de escritura clara, amena, y a veces de tono personal. Está formado por 13 pequeños capítulos, articulados en torno a seis temas: la familia, el regionalismo, el abastecimiento, las creencias, el culto al pasado heroico y la “práctica” democrática, temas que van siendo desarrollados por separado y cuando es necesario, de manera intercalada. El dicho del autor se basa en diversas fuentes, especialmente en diarios y correspondencia de los líderes revolucionarios, en los papeles de diversos mambises, y toma mucha información de una amplia bibliografía dedicada a diversos personajes

en la que se recogen los testimonios de estas figuras distinguidas. Cuando habla de los mambises del común, sus opiniones tienen mucho de apreciación, de colegir de otros testimonios, de confrontar las opiniones de los líderes, de leer entre líneas la documentación revisada.

Al autor le interesa la guerra, pero no la dimensión militar, le interesan otros temas, también propios de la guerra y que no son usualmente tratados al privilegiarse las gestas heroicas, los desplazamientos, la estrategia. Llama a leer entre líneas en los relatos, por ejemplo, cuando en los testimonios se hace tanta alharaca por haber disparado de cerca, o luchado cuerpo a cuerpo, apunta que eso puede interpretarse como que no era lo usual, lo que ocurría con mayor frecuencia, sino más bien lo excepcional.

De entrada, el autor afirma que si se examina con cuidado la historia de la guerra de 1868, es evidente que en buena medida fue organizada por un grupo de parientes pertenecientes a antiguas familias criollas del oriente y el centro de la isla, tal vez sin la riqueza material de otros tiempos, pero sí con el caudal cultural y el orgullo de la estirpe, familias que establecieron lazos de solidaridad muy estrechos basados en los vínculos de parentesco. Ante la ausencia de una cultura bélica, de una práctica militar, lo real era contar con la lealtad de los parientes, de los amigos del vecindario de origen, “el vínculo familiar podía sellar una alianza difícil de romper por peligrosas que fueran las circunstancias” (p. 10). Existía un concepto elevado de lo que eran las relaciones familiares, la carga peyorativa que hoy tiene el nepotismo no tenía cabida entonces. Por supuesto que también eran necesarias las características personales para ganarse el liderazgo.

La familia jugaba también otro papel que el autor resalta en su estudio, como apoyo anímico, mismo que tenía un efecto contradictorio porque al mismo tiempo que proporcionaban este sustento, las familias que seguían a los combatientes se convertían en una carga, una carga muy pesada, que hacía muy difíciles los movimientos y la defensa, y constituían un punto vulnerable que requería una gran cantidad de



efectivos para proteger y resguardar la seguridad de mujeres, niños y ancianos. Entonces, en este libro encontramos a los héroes de otros relatos, a aquellos próceres obstinados en la independencia, pero aquí los encontramos preocupados por el bienestar de sus familias, por la seguridad de éstas, por suministrar bastimento a sus tropas.

El tema que Abreu aborda enseguida es el del regionalismo, que ha sido uno de los asuntos identificados como causante de conflictos que llevaron a enfrentamientos y al fracaso en la guerra. Aquí en cambio, es visto como algo natural, en el sentido de que era más accesible para alguien que era del lugar obtener apoyo, conseguir la cooperación de los vecinos en términos de sustento y de aporte para las fuerzas, el tener ascendiente. Ser de un lugar favorecía el prestigio de los líderes y les permitía hacerse fuertes en sus localidades. “El hecho de conocer y ser conocido en una región determinada era de un incuestionable valor práctico” (p. 47). “Somos fuertes porque estamos en localidades conocidas” decía uno de esos líderes, (p. 69). En varios casos, los dirigentes llevaban a cabo la mayoría de las operaciones en la jurisdicción donde habían nacido, crecido, residían sus parientes y eran más conocidos. Resulta interesante el planteamiento que hace nuestro autor en el sentido de “comenzar los estudios sobre el regionalismo viendo las posibilidades de cada región para enviar hombres a otro lugar, más que concentrarse en lo que pensaban o dejaban de pensar determinadas figuras de la guerra de 1868”, (p. 57), pensar, pues, en la cantidad de hombres que tenía el ejército libertador y en la capacidad de movilizarlos de un lugar a otro, en la posibilidad real de llevar a cabo estas acciones. ¿Eran capaces de mantener la protección a las familias y prefecturas y al mismo tiempo emprender acciones fuera de su territorio? Es una pregunta a responderse, más allá del reparo de que las regiones también expresaban cotos de poder y la ambición de mantenerlo.

El siguiente tema desarrollado se refiere al abastecimiento, a los diversos mecanismos utilizados para allegarse vituallas y armamento. Una de las formas más usuales era a través de los saqueos al enemigo,



a tal grado que era una de las motivaciones para los enfrentamientos. Aquel que lograba asaltar un poblado y capturar artículos generosamente surtidos, “alcanzaba el respeto entre sus soldados, quizá incluso con muchas más razones que si hubiera liquidado una columna contraria”. La preocupación mayor era buscar alimentos para la tropa. El ataque se convertía en una catarsis, pero la motivación primaria era conseguir el botín para subsanar necesidades apremiantes. Ahora bien, también era causa de perdición, porque la revancha española era inminente y las persecuciones sin tregua. En ocasiones, la abundancia llevaba a cometer imprudencias, dejando rastros con los animales muertos o con los restos abandonados en los caminos, o bebiendo tanto que facilitaban que los cercaran y no pudieran defenderse. Ese comportamiento llevó a la inminencia de poner orden en las filas rebeldes.

Las creencias en diferentes niveles ocupan otro de los capítulos: las diversas religiosidades, la devoción a la virgen de la caridad del cobre, la masonería, la solidaridad como un valor supremo, etc. De igual forma, se abordan las formas de divertirse.

El siguiente tema privilegiado en el análisis está relacionado con la necesidad de estos grupos de crear una historia, de construir una memoria, de seguir un legado. Según Abreu, era una forma de enfrentar la incertidumbre de la guerra. El capítulo en el que se desarrolla este asunto es uno de los más sugerentes y lleva a diversas reflexiones.

Finalmente, el autor hace referencia a los enfrentamientos, de individuos y de criterios, “tal parecía que no se estaba de acuerdo con nada ni con nadie” (p. 136) dice en uno de los apartados. Este enfrentamiento llevaba a la proliferación de chismes y rencillas, pero también a tratar de someter a consenso cualquier decisión. La idea romántica de los seres superiores enfrascados en la lucha por la libertad se mundaniza al conocer los deseos, los anhelos, las ambiciones, las rencillas, los sentimientos de los seres humanos debajo de la armadura de bronce que la historia y la historiografía les ha puesto. Tal pareciera



que la labor principal de Abreu es deconstruir una serie de imágenes que la literatura ha reproducido. Entre ellas el comportamiento de algunos líderes, llevándolos a su dimensión humana, llena de celos, de envidias, de competencias. Además de las cuestiones de mando había discordia en el tema del tratamiento dado a los subordinados. Nadie quedaba a salvo de ese mundo de intrigas y en algunos casos la evidencia no era la confrontación sino el abandono, como le ocurrió a Bartolomé Masó.

A demás de los seis temas principales aparecen otros asuntos como la cuestión del racismo, que según Abreu, pierde espacio paulatinamente en la Cuba mambisa. El papel de las mujeres, importante en la reproducción de una vida diaria que hacía llevadera la lucha con su labor como compañeras, amantes, o cuidando a los enfermos y heridos, es rescatado por este historiador holguinero, quien también usa una manera elusiva de tocar el tema al titular el apartado “ese sentido de lo intangible”. Otro de los temas derivado es el de las altas y bajas en el ejército, ¿cómo se lograban? ¿qué motivaba a la gente a seguir a sus líderes, a resistir ante la adversidad o a presentarse a los españoles o a abandonar al grupo?

En suma, podemos afirmar que todo el relato del libro busca humanizar el proceso de la guerra y lo logra, hablando de las cosas cotidianas, de las preocupaciones inminentes de los líderes para resolver las necesidades primarias y apremiantes de sus tropas: seguridad, alimento, armas. De esas preocupaciones se ocupa el autor tanto como de las intrigas, las mezquindades y para cada caso pone una serie de ejemplos. También habla de las contradicciones de la guerra, de la necesidad de ganar adeptos y de las acciones que llevaban al resultado contrario. Todo aquello que a su juicio sirvió para sustentar la resistencia, para llevar la guerra a prolongarse en el tiempo y a desgastar al enemigo.

Para finalizar, quiero señalar que libro refleja una historia compleja que necesita atención para desentrañar el entramado de una población en guerra. Es un libro sugerente y su lectura puede ampliarse, definitivamente, si lo pensamos como un binomio que sin



duda forma con otro libro del autor, *Introducción a las armas. La guerra de 1868 en Cuba*, de 2005, en el que el caudillismo, el regionalismo y la familia son los ejes del análisis y no sólo en referencia a las grandes figuras, se incluye también a los caudillos de barrio situándolos en un plano territorial.

Laura Muñoz Mata
Instituto de Investigaciones
Dr. José María Luis Mora

